

HACIA UNA NUEVA EUROPA

Emocionado encuentro con el consumo

El Gobierno de Bonn regala 100 marcos a cada visitante llegado de la Alemania del Este

MARUJA TORRES, ENVIADA ESPECIAL, Berlín

Un quinteto de metal compuesto por jóvenes de Berlín Oeste tocaban *Michelle* en plena Kurfurstendamm —algo así como la Gran Vía de esta ciudad hasta ahora dividida—, rodeado por un grupo de berlineses del Este. Uno de ellos, que tendría más o menos la edad de los Beatles, empezó a llorar suavemente. Cien metros más allá, otros visitantes menos románticos trataban de descubrir los inapreciables secretos de *Sexylandia*, una céntrica *sex shop*. Los que más, compraban. Pero ésta era la parte de comedia de un fin de semana que ha tenido, sobre todo, grandes momentos épicos.

Por la noche, en la Puerta de Brandeburgo. Ante el muro. En el muro mismo. Sobre la plataforma, que pertenece al Este, unas 5.000 personas, en su mayoría jóvenes, se apretujaban y pedían a gritos el derrumbamiento físico de lo que ya ha sido eliminado de la historia. Al fondo, la imponente escenografía de la puerta aparecía iluminada por los focos de todas las televisiones del mundo, apoyadas por una luna casi redonda que completaba el efecto de ópera wagneriana. A lo largo de todo el muro, jóvenes del Oeste se arrodillaban y golpeaban la pared con sus martillos. Ésa fue la música, ésta sigue siendo la música que acompaña la aventura de los alemanes que se encuentran. Miles de martillos golpeando el muro que separa las dos partes del corazón de Alemania.

Ávidos como criaturas, los cientos de miles de berlineses que durante este fin de semana han pasado al Oeste, sólo para recorrerlo y descubrir con sus propios ojos cómo se vive aquí, se pegaban sin pudor a los vidrios de los escaparates, a los miradores de las cafeterías. Casi todos llevaban bolsas de plástico con regalos en las manos. Realmente, en cuanto cruzan uno de los pasos —y en este momento hay ya nueve, contando los tres que se abrieron ayer, y es posible que se abran muchos más en los próximos días—, después de recibir los aplausos, los bravos, a veces también los abrazos —aunque para esto los alemanes son muy comedidos—, lo primero que les ocurre es que alguien les entrega una bolsa de plástico con un obsequio publicitario en su interior. En Bernauer Strasse, que a las nueve de la mañana de ayer se convirtió en otro *check point* de comunicación, un camión repartía onzas de chocolate y libras de café de la marca Kaiser. Un poco más allá, los cigarrillos West distribuían cajetillas que los recién llegados tomaban como los niños italianos recogían chicle de los norteamericanos en la II Guerra Mundial. Y como corolarlo, una piedra de dimensiones modestas, con los nombres de nueve caídos ante el muro grabados en su superficie, les ofrecía la ocasión de rogar por sus muertos.

Familias enteras

Paralíticos con el regazo cargado de bolsas de la compra, empujados por sus parientes. Familias enteras con niños colgados de la espalda o cabalgando sobre los hombros. Parejas de novios que no podían evitar besarse en el pasillo que conducía al mundo del *glamour* y el consumo, entre ovaciones. Muchachos vestidos con

cueros de pacotilla conduciendo bicicletas. Ancianas con pequeños sombreros y abrigos de paño vuelto varias veces. Todos reflejaban en su rostro la misma expresión atónita. Miraban a sus conciudadanos del Oeste como si les acabaran de descubrir. Y éstos, a su vez, endomingados, les contemplaban como si algo de ellos pudiera ser reencontrado en los que llegaban.

Después del martilleo de la noche, que duró hasta las tres de la madrugada, el sábado amaneció con unos esforzados uniformados del Este —los tristemente famosos *vopos*— tratando de cerrar a punta de soplete uno de los boquetes abiertos la noche anterior. “No es que estén en contra”, comentaba, benévolo, un policía del Oeste. “Lo que ocurre es que por aquí no está previsto que haya un paso”.

Recuerdos de piedra

Al lado oeste del muro, el suelo estaba alfombrado de botellas de cerveza y sobre todo de champaña que unos y otros utilizaron a discreción durante las horas anteriores. Todo el mundo trataba de hacerse de una piedra de la famosa pared. Hasta la parlamentaria europea francesa Simone Veil se puso las botas cogiendo pedruscos.

Esto ocurría en la muralla. Más allá, la ciudad era una fiesta, y su fisonomía habitual se veía brutalmente alterada por la presencia de miles de asmáticos coches marca Trabant —los famosos *trabbi*, de motor de dos tiempos—, Wartburg y Lada, que escupían en el aire sus humos contaminantes, producto de las peores esencias locomotoras. Los berlineses del Oeste, sin embargo, sonreían y estaban como en trance aspirando el perfume demoleedor. “De todas formas, esto puede acabar mal”, comentó a este periódico la cajera de unos grandes almacenes. “Están viendo que aquí hay muchas cosas que nunca podrán comprar, y puede que cuando vuelvan a su casa estén más frustrados que antes. En donde yo trabajo se han producido pequeños robos. Nada de importancia, porque además tenemos orden de no intervenir. Cosa que no ocurriría de ser otros los autores. Por ejemplo, los turcos”.

Para empezar, han obtenido dinero a su llegada. Durante todo el día se han formado largas colas ante las puertas de todos los bancos, que febrilmente han ido entregando los 100 marcos (unas 6.400 pesetas) de regalo que el Gobierno destina a cada berlinés del Este. Para conseguirlos sólo había que presentar el pasaporte. Y para gastarlos, ni siquiera eso. Cosa que todos hi-



LUIS MAGÁN / ASSOCIATED PRESS

Grupos de jóvenes berlineses orientales, poco después de cruzar el muro. A la izquierda, una mujer de la RDA que acaba de hacer compras en comercios de la RFA.



“Mejorar en mi pueblo”

Un muchacho que les acompaña ha dicho poco antes: “No me fio en absoluto de lo que pueda ocurrir en el Este a partir de ahora, pero soy de los que piensan que hay que dar una oportunidad al nuevo Gobierno, a pesar del pasado de Krenz”. Trabaja como ingeniero agrícola en un pueblo situado al Sur, y dice que allí es difícil conseguir los productos alimenticios básicos. “Pero lo que quiero es mejorar, mejorar en mi propio pueblo. Y que no me impidan venir aquí cuando tenga ganas”.

Igual piensa un joven estudiante que se niega a dar su nombre por razones de seguridad. “Quiero acabar mis estudios y ejercer allí”, afirma mientras señala con la barbilla al otro lado del muro. “Lo que también quiero es la reunificación de Alemania, aunque esto es lo más difícil”. “Sí, Gorbachov ayudó”, insiste el padre de familia. “Pero lo más importante fue que hemos estado viendo durante muchos años la televisión del Oeste y escuchando su radio y sabiendo que se puede vivir de otra manera”. “Lo más desconcertante”, añade, “es que ahora que podemos ver a los otros alemanes, no sabemos qué hacer”. Excepto emocionarse y comprar.

cieron alegremente, sin importarle guardar de nuevo cola ante las tiendas, que permanecieron abiertas hasta bien entrada la noche. “Llevo sólo una hora esperando”, dijo un ama de casa. “Esto va muy rápido”. En las farmacias se acabaron las gomitas. En las papelerías, los cuadernos. En los quioscos de periódicos, los tebeos del Pato Donald. En las charcuterías, las salchichas. En los almacenes baratos, las chaquetas tejadas y las madejas para tejer jerséis. Felices con sus bolsas regresaban a los controles o seguían paseando, arrastrando los pies, bebiendo una cerveza tras otra. Sólo los bares de lujo y los restaurantes permanecían ajenos a sus asaltos.

“Vaya tela, vaya tela”, exclamó Roman, de 38 años, aferrándose a las solapas del portero del

hotel Kempinski, que le sonrió paternalmente debajo de su chistera. “Vaya tela, menudo traje”. Roman, camarero, llevaba unos cuantos tragos y una irrefrenable alegría en toda su corpulencia.

Exhaustos por la noche, pero todavía más cansados por la mañana, después de haber tenido que dormir en refugios —muchos de ellos lo han hecho en sus coches, con un frío considerable—, seguían y seguían mirando escaparates. Un ejército ojeroso se extasiaba no sólo ante los muebles de diseño y las joyas exquisitas que nunca podrán adquirir, sino ante los rollos de papel para cocina que están al alcance de su bolsillo. En alguna esquina, un viejecito dejaba perder la vista en un paisaje que estaba sólo dentro de su cabeza, y la melancolía le humedecía los ojos.